

Los libros de viaje de los siglos XIX y XX como fuente para el estudio de la arquitectura medieval. San Juan de los Reyes de Toledo

Daniel ORTIZ PRADAS

Departamento de Historia del Arte I (Medieval)
Universidad Complutense de Madrid

La metodología actual de investigación para el estudio de una obra de arte hace imprescindible la revisión completa de todas las fuentes disponibles, pero en ocasiones, y más aún cuando nos enfrentamos al periodo medieval, suelen ser muy escasas o insignificantes. En situaciones así siempre es posible recurrir a otras fuentes que, con suerte, pueden llegar a suplir algunas de estas carencias. Lo que pretendemos con esta comunicación es presentar la literatura de viajes de los siglos XIX y XX como una fuente alternativa para la historia del arte y de la arquitectura medieval de Toledo, que rara vez el historiador ha tenido en cuenta, quizá por ser de carácter secundario o sencillamente por entender que no posee valor científico. Es habitual encontrar en estos libros descripciones de edificios tomadas literalmente de otros textos o manuales de referencia, como los de Ramón Parro o Amador de los Ríos; no obstante, en ocasiones, los viajeros añaden comentarios y críticas personales sobre el estado de abandono o conservación de los monumentos, o bien relatos y noticias tomados de la tradición popular que humanizaban el texto y en los que obtenemos la información necesaria que corrobora una hipótesis de trabajo o abre nuevas líneas de investigación.

Lo que no podemos olvidar de los libros de viajes es su gran capacidad para crear modas y gustos; al incidir sobre determinados monumentos y ciudades, éstos se revalorizan y se convierten en destino prioritario de otros viajeros que acuden a ellos movidos por la curiosidad y el interés¹. En este sentido, Toledo será destino, o al menos paso obligado, de muchos viajeros que llegan a España buscando lo que el Romanticismo había convertido en tierra de poesía y ficción.

¹ Ello provoca a su vez, que las instituciones encargadas de velar por el patrimonio artístico se preocupen por la conservación y restauración de dichas ciudades y monumentos.

Antes de 1830 nos visitaron entre otros Alexandre de Laborde, el Baron Taylor o Chateaubriand y tras esta fecha, coincidiendo con el periodo de eclosión romántica, los viajes se hacen más numerosos destacando autores como Delacroix (1832), Prosper Mérimée (1830, 1831, 1840 y 1846), Stendhal (1837), George Sand (1838), Théophile Gautier (1840), Victor Hugo (1843), Edouard Quinet (1843), Alexandre Dumas (1846). Irán disminuyendo a partir de la segunda mitad del siglo aunque viajaron a España por estas fechas célebres personajes como Gustave Doré en 1862 o Manet en 1868. Son todos ellos franceses, pues fueron nuestros vecinos galos quienes en mayor número nos visitaron, pero hubo también italianos como Edmundo Amicis (1871) o Adolfo Foresta (1879), alemanes como Theodor Simons (1880), o los ingleses George Borrow (1843) o Richard Ford (1845)². Son estos los autores más famosos, los que siempre se citan a la hora de tratar este tema, pero hubo muchos más, desconocidos la mayor parte de ellos, pero igual de interesantes e ilustrativos.

De todos los monumentos que Toledo posee, hubo dos cuya visita se hacía imprescindible para cualquier viajero: la catedral y San Juan de los Reyes -los dos referentes de la arquitectura medieval en la ciudad-, el resto dependía del interés y el tiempo que tuviera el visitante. La ruta habitual comenzaba por la catedral y continuaba por San Juan de los Reyes³, que tras la Desamortización se había convertido en Museo Provincial. Continuaba el recorrido por el cercano barrio de la judería, que era aprovechado para admirar al menos una de las dos sinagogas que allí se hallan. El Alcázar solía ser, generalmente, el final de los itinerarios⁴.

La azarosa vida de San Juan de los Reyes ha sido tratada en los últimos años por varios autores⁵ que se han centrado en los aspectos más dramáticos de su historia como, por ejemplo, el incendio de 1808 por las tropas Napoleónicas que causó la destrucción de un ala entera del claustro principal, y la devastación del segundo, la Desamortización de 1836 que supuso la continuación y empeoramiento de su ruina, etc. Pero el convento franciscano no fue siempre víctima de

² Esta cronología está tomada de F. CALVO SERRALLER, «Los viajeros románticos franceses y el mito de España» en VV.AA., Catálogo de la exposición *La imagen romántica de España*, Madrid, 1981, en donde cita numerosos autores, más de los que nosotros hemos recogido, de todos modos, en nuestro breve repaso por estos viajeros románticos que visitaron España, citaremos algunos de ellos, pero nos referiremos sobre todo a aquellos que hicieron mayor hincapié en Toledo describiendo la ciudad y sus monumentos.

³ De todos los libros de viajes consultados, la catedral y San Juan de los Reyes están siempre presentes y son los monumentos a los que más tiempo dedicaron los viajeros. Dentro de la catedral, incluso se detenían capilla por capilla para describirlas minuciosamente y, en San Juan de los Reyes, interrumpían su visita para describir alguna obra que estuviese en el Museo. En el recorrido por las sinagogas, cuando la elección se hacía necesaria, era Santa María la Blanca la preferida, tal vez porque su vecina del Tránsito estuvo invadida por los andamios durante décadas.

⁴ Es curioso comprobar que, en los libros de la primera mitad del siglo, el Alcázar era justamente el inicio de la ruta turística por la ciudad

⁵ Vid. los artículos de A. ABAD PÉREZ, «Relación del incendio de San Juan de los Reyes (1808) y vicisitudes posteriores hasta 1864», *Toletum*, nº 75-80 (1969), pp. 169-188; «La V.O.T. de San Juan de los Reyes y su capilla de la Beata Mariana», *Anales Toledanos*, nº 5 (1971), pp.1-76; «San Juan de los Reyes en la Historia, la Literatura y el Arte», *Anales Toledanos*, nº XI (1976), pp.43-74.

pesares. A lo largo del siglo XIX, hubo quienes procuraron subsanar los errores cometidos en el pasado y, aunque los primeros pasos fueron duros y poco productivos, será a partir de la segunda mitad de siglo y con la creación de la Comisiones Provinciales de Monumentos cuando San Juan de los Reyes irá recobrando poco a poco su primitiva grandeza.

Mucho de todo ello, se puede entrever en los comentarios que los diferentes viajeros hicieron al contemplar el edificio, desde su abandono, intento de reconstrucción, creación del Museo Provincial, renovación del culto en su iglesia, hasta su restauración y las trabas impuestas a los visitantes por el arquitecto encargado de las obras, Arturo Mélida y Alinari.

Sin duda alguna, uno de los primeros viajeros prerrománticos que visitaron nuestro país y que más contribuyeron a la transformación y admiración por Toledo fue Alexandre de Laborde (1773-1842), con su ejemplar obra *Voyage Pittoresque et Historique de L'Espagne* de 1806 y con su posterior *Itinéraire descriptif de l'Espagne* de 1808. A pesar de que este último tiene claros criterios clasicistas y un seguimiento del *Viage* de Antonio Ponz⁶, su *Voyage* elige como lo más característico de Toledo los monumentos antiguos y medievales, incluyendo excelentes representaciones de obras de carácter musulmán⁷.

Unos años más tarde, en 1840, otro viajero francés, Théophile Gautier (1811-1872), visitó España y de su viaje escribió dos obras: una poética, *L'Espagne*, y el *Viaje por España*. Con una prosa amena, e irónica en ocasiones, comenta su visita por Toledo que tanto lo impresionó. Su ruta comienza desde la *Puerta del Sol*, hasta llegar al Alcázar y de ahí, a la catedral, continuando hasta alcanzar San Juan de los Reyes y desde allí visitar la sinagoga de Santa María la Blanca.

Debemos tener presente que entre la visita de Laborde y la de Théophile Gautier se producen en España dos acontecimientos históricos de gran importancia que tendrán gravísimas repercusiones para nuestro patrimonio artístico: la Guerra de Independencia (1808-1814) y la Desamortización de 1835. El caso concreto de San Juan de los Reyes durante este periodo ha sido estudiado parcialmente por varios autores, destacando especialmente José Amador de los Ríos quien, con su obra *Toledo pintoresca*, proporciona datos de gran interés; más cercano a nosotros, el Padre Antolín ha escrito mucho de lo ocurrido entonces. El autor relata los acontecimientos más dramáticos sucedidos durante la ocupación francesa y su retirada a finales de 1808, entre los que destaca la destrucción completa del segundo claustro y con ella parte del primero con su magnífica biblioteca (fig.1). La iglesia, —continúa el P. Antolín— utilizada como establo, fue profanada, robados sus objetos litúrgicos y destruido gran parte de su mobiliario, incluidos la sillería del coro y el altar mayor que fueron

⁶ J. P. MUÑOZ HERRERA, «El difícil descubrimiento de un monumento oscuro: la Mezquita del Cristo de la Luz» en VV. AA., *Mezquita de Bab Al-Mardum. Cristo de la Luz. Toledo 999-1999*, Toledo, 1999, p. 29.

⁷ A pesar de que no nos da ninguna noticia concreta sobre San Juan de los Reyes, sí lo hemos incluido por considerarlo como precedente importante de estos viajeros.

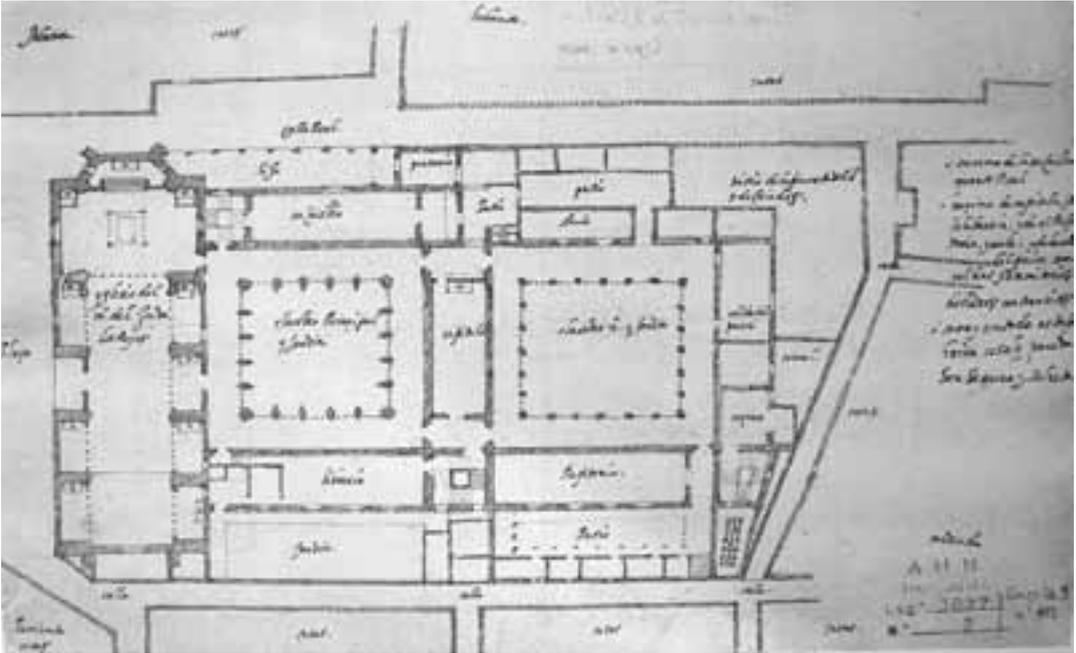


Fig. 1. Planta del antiguo convento de San Juan de los Reyes, por Nicolás Vergara.
Archivo Histórico Nacional

pasto de las llamas. Tras los vandálicos acontecimientos, la comunidad debió abandonar el convento. Terminada la guerra, el Guardián de la Casa, Fr. Francisco Gómez Barrilero, emprendió la ardua tarea de reparar los daños más graves y reavivar el convento, abriendo nuevamente su iglesia al culto y realizando algunas obras de urgencia en el edificio, entre las que destacan la rehabilitación de varias celdas, la reparación de la escalera claustral y el desescombros parcial del claustro principal⁸. Esta actitud voluntariosa, parece ser que fue continuada por sus sucesores, el P. Antonio Asensio quien encargó un nuevo presupuesto de reconstrucción del claustro, aunque no está muy claro si llegaron a realizarse las obras estipuladas, y posteriormente por el P. Francisco Calleja⁹. Sabemos que en 1823 habitaban el convento un total de veintidós sacerdotes y varios hermanos de la Orden. Dice José Amador de los Ríos que en 1827 el convento se hallaba en gran parte restaurado y que los monjes pensaban levantar el claustro arruinado «colocando en el muro que fabricaron nuevamente las piezas y estatuas que pudieron sacar de entre las ruinas»¹⁰ pero la obra no se llevó a cabo, pues la Desamortización dio al traste con cualquier pretensión de recuperar tan valioso monumento, estableciéndose con ella la exclaustro-

⁸ A. ABAD PÉREZ, *op.cit.* «Relación del incendio...», p. 173-174.

⁹ *Ibíd.* p.175.

¹⁰ J.A. DE LOS RÍOS, *Toledo Pintoresca o descripción de sus más célebres monumentos*, Barcelona, 1976 (ed. Facsímil de 1845), p. 120.

ción del convento y el traslado de los pocos miembros de la Orden que allí quedaban a otras comunidades. Los efectos de la Desamortización han sido ampliamente estudiados por Julio Porres¹¹ por lo que no insistiremos más en ello. No obstante, debemos añadir que a finales de 1840 se traslada a la iglesia de San Juan de los Reyes la parroquia de San Martín cuya iglesia había sido derribada poco tiempo antes por declararse ruinosas.

El viaje de Gautier¹² debió de ser poco antes de aquel suceso, pues en su obra podemos leer cuánto le costó entrar en la iglesia por estar cerrada desde hacía cinco o seis años, es decir, que todavía no se había llevado el culto de San Martín a la iglesia del convento, pero también que su claustro estaba «abandonado y en ruinas». Sin embargo, su relato no acaba aquí. Siempre interesado por las curiosidades y anécdotas de los lugares que visitaba, Gautier recoge una relacionada con las cadenas, exvotos ofrecidos por los presos liberados por los Reyes Católicos en su proceso de reconquista, que ornaban el exterior de la iglesia. Aparte de expresar su desagrado y añadir que le confieren un «falso aspecto de cárcel muy extraño y antipático», relata la anécdota que confiesa le contaron, según la cual, un gobernador de Toledo, o *jefe político* como él dice, en su pretensión de crear en la ciudad una alameda o paseo para sus habitantes, y ante la falta de árboles que plantar en el momento, decidió sustituirlos por mojones unidos entre sí por cadenas. Continúa la historia contando que por falta de recursos, el gobernador cogió las cadenas que colgaban de la iglesia de San Juan y se las entregó a hábiles cerrajeros. Este hecho, parece ser que provocó la ira y recelo de algunas personas que, indignadas por tal ofensa, reclamaron ante las autoridades y las cadenas volvieron a su lugar de origen, pero, sigue diciendo Gautier, las que fueron dadas como pago a los obreros no pudieron ser rescatadas por haberse ya fundido y convertidas en «rejas, herraduras y otros utensilios». Esta rocambolesca historia, de la que se harán eco numerosos autores en diferentes versiones, no ha sido en absoluto documentada –al menos yo no he encontrado nada referente a ello– y, aunque bien es verdad que podría tener cierta veracidad –Gautier cree en su autenticidad–, es preferible pensar que no es más que una historia con fin difamatorio de alguna persona descontenta con el gobernador de entonces.

Gautier, acompañado por un guía, continúa su visita por San Juan de los Reyes y, tras entrar al claustro y quedar atónito ante su elegante belleza y describirlo como sólo un romántico podría hacer, se queja exclamando: «¡qué lástima que monumento tan precioso esté así abandonado!». Menciona puertas atascadas y escombros que obstruyen las entradas, lo que nos da una idea del estado de abandono del claustro e iglesia (fig.2). Esto nos lleva a pensar que, a pesar de los intentos previos por recuperar el edificio, poco se había podido lograr. Sin embargo, también comenta Gautier que las celdas eran todas iguales y estaban encaladas, y lo mismo dice de la igle-

¹¹ J. PORRES MARTÍN-CLETO, *La Desamortización del siglo XIX en Toledo*, Toledo, 1965 o también, D. ORTIZ PRADAS, «El proceso desamortizador en el convento toledano de San Juan de los Reyes y vicisitudes posteriores», *Actas del XV simposium de Estudios Superiores de El Escorial sobre La Desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España*, Madrid, 2007, pp.526-538.

¹² T. GAUTIER, *Viaje por España*, Madrid, 1998.



Fig. 2. Vista del claustro de San Juan de los Reyes, por Cecilio Pizarro. Museo Romántico de Madrid.

sia y claustro¹³. Esta visión, que poco gustó al francés, nos revela que, al menos en esto, los monjes hicieron cuanto estuvo en sus manos para salvaguardar el monumento, aunque fuera a costa de no respetar el valor estético del mismo, lo que bien podría corresponder con las obras llevadas a cabo por el Guardián Gómez Barrilero. De la iglesia comenta Gautier que, aparte de algunas «mutilaciones violentas», estaba bastante bien conservada, lo que nos indica que también se procedió a «adecentar» la iglesia encalándola y preparándola para recibir culto nuevamente.

Otro viajero, Manuel Cuendias¹⁴, nos visitó ocho años después de Gautier, y aunque éste último pretendió desterrar muchos de los tópicos que acompañaban siempre la figura de España, Cuendias basó

su relato en muchos de ellos así como en numerosas leyendas y cuentos populares. En su obra, reserva varias páginas a describir Toledo, el Alcázar y la catedral son las

¹³ Este es uno de los ejemplos más significativos de lo que aquí proponemos. Es decir, en el Archivo Histórico Nacional se conserva un documento muy interesante en relación a San Juan de los Reyes, citado en su día por el P. ANTOLÍN (*op.cit.* «Relación del incendio...», p. 183), en el que se menciona el gasto de 3.428,24 reales por el pago de 2.498 fanegas de yeso y 54 cargas de cal, lo cual nos llevaría a pensar que dicho material se utilizó para la construcción de tabiques y blanqueo de paredes, pero sin poder asegurarlo. Sin embargo, el comentario de Gautier despeja cualquier incertidumbre y confirma la anterior suposición.

¹⁴ M. DE CUENDIAS y V. DE FÉREAL, *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*, París, 1848, p. 290.



Fig. 3. Vista del claustro de San Juan de los Reyes. Ilustración de la obra de Manuel Cuendías, *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes.*

cuales reproduce una vista del claustro de San Juan de los Reyes (fig.3). Si eliminamos el componente pintoresco de la escena, el grabado nos permite reconocer un ala del claustro bajo, cuyas galerías habían sido cegadas en parte, posiblemente para salvar el desequilibrio de la estructura. Una obra que deberíamos atribuirle una vez más, por las fechas del grabado, a aquella primera intervención del Guardián Barriero o a la de su sucesor.

dos paradas esenciales en su viaje y, curiosamente, en su recorrido por la ciudad, se detendrá largo tiempo en el puente de San Martín. De San Juan de los Reyes sólo nos dice que es un «suntuoso monasterio». Esta breve mención resulta extraña, pues en 1848 la iglesia tenía culto y estaba abierta al público y el claustro, en manos de la recién creada Comisión Provincial de Monumentos, abría sus puertas a cualquier visitante. Aunque bien es verdad que pudo ocurrirle lo mismo que a otros muchos viajeros que, al llegar a la puerta del Pelicano se encontraron con grandes dificultades para acceder al claustro y museo, a pesar de que entre las atribuciones de la Comisión se encontraba la de atender en todo momento al visitante que deseara entrar.

No obstante, en su obra introduce una serie de grabados, uno de los

Entre tanto, un viajero inglés, Richard Ford¹⁵, se trasladó a España por motivos personales y aprovechó para viajar por el país. De su experiencia nos dejó una exquisita obra titulada *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, publicada en 1845. Pretendió ser en origen una simple guía de viaje, pero el valor informativo de la misma es enorme, proyectando en ella su personalidad, lo que la convierte en una auténtica obra literaria. Se percibe en todo momento cierto gusto hacia lo exótico y oriental que lo lleva a alabar el islámico trazado urbano de la ciudad, su arquitectura popular basada en modelos orientales o, como él mismo nos dice «de aspecto moro»¹⁶ y casi todos los monumentos árabes que la ciudad posee. Fue éste, precisamente, uno de los principales atractivos de la ciudad a lo largo del siglo XIX, pero no el único, los referentes cristianos, especialmente la catedral y San Juan de los Reyes, eran el contrapunto ideal que hicieron de Toledo una ciudad sin parangón en Europa. Richard Ford supo apreciar la interesante mezcla de culturas y estilos artísticos tan diferentes y al mismo tiempo tan dependientes unos de otros incluso dentro de un mismo edificio, como es el caso de la Sinagoga del Tránsito de la que pudo ver «una mezcla de estilo gótico, moro y hebreo»¹⁷.

Hay que tener en cuenta que se pensó como una guía de viaje, por lo que el lenguaje es el habitual en este tipo de obras, no obstante, los comentarios del inglés muestran su erudición y conocimiento de obras literarias sobre Toledo¹⁸, no manejadas habitualmente por los viajeros, que revalorizan el texto de Ford.

Curiosamente, sobre San Juan de los Reyes no dice mucho aunque resume muy bien cuanto se sabía del monumento hasta entonces. Se advierte la lectura de José Amador de los Ríos o, al menos, el conocimiento que posee del edificio es considerable, pues, tras mencionar la presencia de las cadenas en su fachada -este es un hecho que no pasa desapercibido a ningún viajero, ni en aquel momento ni ahora-, hace referencia a la portada lateral que atribuye a Covarrubias. No pasó por alto el estado de ruina y abandono en el que se encontraba el edificio, debido a que «fue prácticamente demolido por los invasores, que destriparon e incendiaron completamente la parte donde vivían los monjes» y prosigue diciendo que «la magnífica capilla salió algo mejor parada por haber sido usada como establo para los caballos de los soldados, pero éstos pasaron el tiempo destrozando el cristal pintado e historiado y mutilando los ornamentos religiosos y heráldicos»¹⁹, comentario semejante al de Gautier. Al igual que su observación sobre la mala restauración llevada a cabo en el claustro que dice ser peor que «el anterior vandalismo». Lo cual nos hace poner

¹⁵ Richard Ford nació en Londres en 1796. De familia adinerada realizó el acostumbrado Grand Tour por Francia, Suiza e Italia como complemento a su educación. En 1830 llegó a Sevilla acompañando a su mujer enferma y desde allí comenzaría su viaje por España.

¹⁶ R. FORD, *Manual para viajeros por Castilla y lectores en Casa* (2 vols.), Madrid, 1981, p. 77.

¹⁷ La fecha del viaje de Richard Ford coincide con la publicación de *Toledo Pintoresca* de José Amador de los Ríos, lo que nos hace suponer que tan aguda observación pudo deberse al conocimiento de la obra del español.

¹⁸ Obras tan clásicas como *Historia y descripción de Toledo* de Pedro de Alcocer o la *Descripción de Toledo* de Francisco de Pisa y, por supuesto, el *Viaje por España* de Antonio Ponz.

¹⁹ R. FORD, *op.cit.*, p.84.

en tela de juicio aquel primer intento de restaurar el edificio, por otro lado justificado por la falta de medios de los monjes y la premura de su ejecución.

A poco más se reduce lo que Ford escribió sobre tan célebre monumento toledano. Un año antes la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos se había hecho cargo del claustro. En él se instalaría la sede de la propia Comisión, en una de cuyas celdas celebraban sus reuniones semanales, y posteriormente se trasladaría el Museo Provincial de Toledo²⁰ ocupando la antigua sacristía, las celdas aprovechables y parte del claustro. A partir de entonces, muchos de los viajeros que se adentraron en San Juan de los Reyes harán referencia al Museo y a sus piezas más importantes aunque las críticas no fueron casi nunca buenas.

Quizá merezca la pena mencionar, por la importancia del autor, *De París a Cádiz*²¹ de Alexandre Dumas, que aunque no haga alusión a San Juan de los Reyes, ni a ningún otro edificio de la ciudad, sí hace algún comentario interesante sobre la misma que deja entrever el cambio de gusto entre los visitantes nacionales y extranjeros. Dumas escribió en una de sus cartas que «Toledo, está ahora lejos de toda ruta y, a excepción de la famosa manufactura de espadas, alejada de todo comercio» y luego exclama «Toledo, no merece ese abandono. Toledo es una maravilla de situación, de aspecto y de luz. Toledo tiene veinte iglesias más ricamente talladas en piedra que ninguna de nuestras iglesias en Francia. Toledo posee recuerdos que ocuparían a un historiador diez años y a un cronista toda su vida»²². Una descripción más sentida y emocionada es difícil y al mismo tiempo tan premonitoria del posterior cambio que Toledo sufrirá cuando todos sus monumentos -cristianos, islámicos o mudéjares- sean admirados en su justa medida y se conviertan a su vez, en motivo de investigaciones y estudios objetivos que, junto con la serie de restauraciones que se llevaron a cabo en la ciudad en el siglo XIX y principios del XX, convirtieron a Toledo en la ciudad que es hoy.

Significativa de la visión que de España se tenía en el siglo XIX es la que nos dan en su *Viaje por España* Gustave Doré y Charles Davillier²³. Sobre Toledo nos dicen que «no hay ciudad en el mundo que responda mejor a la idea que uno se hace de una ciudad de la Edad Media»²⁴. Cuando estuvieron en Toledo, la iglesia de San Juan de los Reyes ya había asumido el culto de la parroquia de San Martín, pero para

²⁰ En julio de 1846 la Comisión acordó trasladar el Museo Provincial a San Juan de los Reyes. En octubre de aquel mismo año, se daba comienzo a las gestiones necesarias para iniciar las obras en el claustro alto a fin de que éste pudiera albergar las salas del Museo. En febrero del año siguiente, el Ayuntamiento ofreció a la comisión la cantidad de 3000 reales de vellón para las obras del claustro. En junio de 1847, posiblemente el día que se celebra la fiesta de San Juan, se inauguró el Museo Provincial, acordando su apertura al público los jueves y domingos de diez a una de la tarde y de cinco a siete los meses de verano (Archivo del Museo de Santa Cruz, Libro de Actas de la Comisión Provincial de Monumentos).

²¹ A. DUMAS, *De París a Cádiz*, Madrid, 2002.

²² *Ibid.*, p.182.

²³ G. Doré nació en Estrasburgo en 1832 y fue pintor y dibujante en París donde murió en 1883. Acompañó a Charles Davillier en su viaje por España ilustrando con sus grabados los relatos de este viaje. Davillier fue un historiador francés interesado por el arte y literatura españoles.

²⁴ G. DORÉ y C. DAVILLIER, *Viaje por España*. (II vol), Madrid, 1984, p. 113.

poder visitar la iglesia se debieron de topar con más de una dificultad pues afirman que «está más tiempo cerrada que abierta. Siempre que íbamos a visitarla nos encontrábamos con la puerta cerrada»²⁵. Este fue uno de los problemas más habituales que acechaban a los visitantes del monumento y una de las constantes luchas entre el obispado y los miembros de la Comisión, ya que desde que se devolvió el culto a la iglesia de San Juan y la Comisión de Monumentos se hizo cargo del claustro y dependencias anejas, las dos partes del edificios funcionaron de manera independiente.

Debemos tener en cuenta que su visita a Toledo la hicieron siguiendo casi fielmente algunos «itinerarios» de su guía de la ciudad que no fue otra que *Toledo en la mano* de Sixto Ramón Parro y sus descripciones y comentarios provienen muchos de ellos de la obra de Parro. Retoman la anécdota recogida unos años antes por Gautier sobre el uso indebido de las cadenas de la fachada, a la que no concede ninguna credibilidad, como tampoco lo hace a los que atribuían la destrucción de San Juan a las tropas francesas. Es, por otra parte, el único autor que niega tal acusación, a pesar de que era un hecho asumido incluso por sus compatriotas. Sin negar la posibilidad de que en la guerra contra Francia muchos edificios pudieran haber sido dañados, se pregunta sobre el probable estado de ruina de muchos de ellos antes de la contienda, atribuyendo, en el caso concreto de San Juan, una posible dejadez por parte de los franciscanos de su edificio.

Una vez dentro de la iglesia, como ocurrió con todos aquellos que pudieron visitarla, tanto Doré como Davillier, quedaron fascinados por la exuberante decoración del crucero diciendo de ella que era «verdaderamente extraordinaria». Hacen referencia a los «elegantes púlpitos», a la «balaustrada calada» de la nave y a los «escudos decorados» del crucero, sin olvidar mencionar el efecto decorativo de la inscripción que corre por la imposta.

Algo debió llamarles la atención del actual estado de conservación de la iglesia, de lo que fue en otro tiempo y lo que ofrecía entonces, citando, a modo de lamento, lo que casi dos siglos antes, había escrito Madame d'Aulnoy sobre la iglesia de San Juan, ya que según ella ésta era «hermosa y grande y está llena de naranjos, granados, jazmines y arrayanes muy altos, formando avenidas en cajas hasta el altar mayor, cuyos adornos son extraordinariamente ricos. De manera que a través de todas estas ramas verdes, y de todas estas flores de diferentes colores se ven brillar el oro, la plata, los bordados y los cirios encendidos que tiene el altar y parece que los rayos de sol deslumbran los ojos. Hay también jaulas pintadas y doradas llenas de ruiseñores, canarios y otros pájaros que hacen un concierto encantador»²⁶. Curiosamente, no se hace ningún comentario del claustro.

²⁵ *Ibíd.* p.143.

²⁶ Tomado del texto citado en la obra de Doré y Davillier que corresponde con la Carta XIII fechada el 30 de agosto de 1679.

En la misma fecha visitó España Hans Christian Andersen y de su recorrido surgió *Viaje por España*²⁷. De su paso por Toledo nos dice directamente que es «sorprendentemente pintoresca»²⁸.

En 1866 viajó por España otro francés, Eugène Poitou, quien dijo que el monumento más destacable de Toledo era, sin lugar a dudas, el claustro de San Juan de los Reyes, siendo el primero en introducir una nota negativa sobre la iglesia. Cree que se había prodigado en exceso su belleza y aunque admite que sus relieves están llenos de «encantadores» detalles, opina que el conjunto carece de sobriedad y buen gusto²⁹. No dice lo mismo del claustro, que considera una joya de la arquitectura gótica, pero se lamenta de su triste abandono y reclama al Gobierno su pronta restauración.

Unos años más tarde, en 1872, otro viajero francés llamado Pierre Léonce Imbert viajó a España y de sus experiencias escribió *L'Espagne. Splendeurs et misères. Voyage artistique et pittoresque*.

La visión que nos da Imbert de San Juan de los Reyes no puede ser más romántica, pero incorpora algunos datos que hasta entonces no habían sido señalados por los demás viajeros. Me refiero concretamente al autor del proyecto, Juan Guas, pues se desconocía su nombre hasta 1859, año en que fueron descubiertos en la iglesia de San Justo de Toledo los retratos del arquitecto y su esposa y una inscripción relativa a Guas como autor de San Juan de los Reyes. Además de ello, que es ya importante, Imbert será uno de los primeros autores en mencionar las colecciones del Museo Provincial (fig. 4) que ya podían admirarse entre las diversas estancias del claustro. Así pues, tras hacer el ingreso por la Puerta del Pelicano, de la que dice, recogiendo un comentario habitual entre los *cicerones* del lugar, que los rostros de San Juan y de la Virgen son en verdad los retratos de los reyes Fernando e Isabel, entra en la antigua sacristía, convertida en Museo, señalando alguna de sus piezas más destacadas. Sin embargo, no puede contener su desilusión ante la pobreza de las obras expuestas, de las que, según él, sólo sobresalen dos cartones de Bayeu, y dos lienzos de El Greco.

Tuvo suerte, pues parece ser que pudo visitar libremente todo el conjunto del convento. En la iglesia accedió incluso a las tribunas, desde donde lamenta la destrucción del antiguo altar mayor, y llegó a contemplar el solar del segundo claustro, utilizado, según él, como lavadero por la mujer del conserje. Deja para el final el claustro principal que le sirve de excusa para contar una experiencia suya con el sugerente título de «efecto de luna» que no deja lugar a dudas del contenido del mismo.

²⁷ El texto lo hemos extraído de la obra de Á. y J. VILLAR GARRIDO, *Viajeros por la historia. Extranjeros en Castilla la Mancha*, Toledo, 1997, pp. 285-193.

²⁸ *Ibíd.*, p. 285.

²⁹ En concreto dice el autor -traduzco de la obra original- «La iglesia, construida por Isabel, está decorada con esculturas de una maravillosa delicadeza; pero se las ha prodigado en exceso. El crucero está literalmente tapizado (...) Los detalles son encantadores, pero el conjunto carece de sobriedad y gusto»: E. POITOU, *Voyage en Espagne*, Tours, 1884. p. 311.



Fig. 4. Antiguo ingreso al Museo Provincial de Toledo en San Juan de los Reyes. Archivo Provincial de Toledo.

Siguiendo este recorrido cronológico por los viajeros extranjeros, tenemos en 1879 el relato de un autor italiano, Adolfo Foresta titulado *L'Espagna. Da Irun a Malaga*³⁰. Al llegar a Toledo por ferrocarril hace el recorrido típico hasta llegar a la que dice fue la única posada de Toledo, la Posada del Lino, en donde un cicerone ofrecía a todos estos viajeros sus servicios a cambio de unas monedas.

De nuevo la ruta que sigue para contemplar las maravillas de la ciudad comienza en la Catedral, para encaminarse hacia San Juan de los Reyes y ya, cercanos a la antigua judería, continuar con Santa María la Blanca y el Tránsito. Pero es el convento franciscano uno de los monumentos que más le asombran.

Su descripción de la iglesia y convento de San Juan de los Reyes se apoya, como él mismo comenta en alguna oca-

sión, en la erudita obra de Parro, lo que se percibe especialmente en la introducción histórica y análisis detallado de la iglesia y claustro. Le sorprende, conocedor de las penurias sufridas por el edificio, que la iglesia mostrase un aceptable estado de conservación en relación al del claustro³¹, téngase presente que cuando Foresta visita Toledo, en 1879, aún no se ha iniciado la restauración del edificio.

³⁰ A. FORESTA, *L'Espagna. Da Irun a Malaga*, Bologna, 1879.

³¹ Para explicar este hecho, Foresta relata una leyenda poco conocida, según la cual, un grupo de oficiales franceses, a la vacilante luz de algunas antorchas se divertían cerca de una tumba, sobre la cual estaba la estatua de una bella y joven dama. Cuando uno de ellos, mirando obscenamente la estatua, dijo jocosamente que la abrazaría encantado, la escultura yacente de su marido se levantó propinándole una bofetada.

Continúa su recorrido por el vecino claustro donde menciona de soslayo el museo comentando algunas de las piezas que más le llamaron la atención, sobre todo musulmanas. De nuevo, el estado ruinoso del claustro, que considera una obra maestra de la arquitectura medieval española, es la causa del lamento y queja del italiano que termina culpando directamente al Gobierno por su despreocupación y abandono de tan precioso monumento³².

Dentro del amplio panorama de libros de viajes y siguiendo con el hilo cronológico, nos encontramos con el del francés Lucien Boileau quien, tras su periplo por España, escribió en 1880 *Voyage d'un touriste*³³, cuya intención fue la de redactar un libro que, sin ser expresamente una guía de viajes, sirviera a futuros viajeros en sus desplazamientos, por lo que esta obra es, como el propio autor apunta, un libro práctico, y el título completo es *Voyage pratique d'un touriste en Espagne*³⁴.

En su recorrido de Madrid a Córdoba pasa por Toledo y a su llegada a la estación piensa en las penurias que debieron pasar otros viajeros como Gautier y Dumas. Ya en la ciudad se aloja en la Posada del Lino desde donde parte su visita.

Uno de los aspectos más interesantes y curiosos de los libros de viajes es el gran número de anécdotas y leyendas, muchas de ellas hoy olvidadas, que podemos encontrar entre sus páginas. Este hecho, como ya se ha comentado anteriormente, abre al historiador nuevas vías de investigación y si bien es cierto que la mayoría de las veces son sólo callejones sin salida, en ocasiones permiten rellenar pequeñas lagunas y, sobre todo, recuperar la historia olvidada de los monumentos.

En este sentido, nuestro viajero ofrece al lector su opinión sobre las cadenas que cuelgan en los muros de la cabecera, pues según él, más que ser los exvotos entregados por los cautivos liberados por los Reyes Católicos, puesto que el espesor de los hierros y el grosor de los anillos no corresponden con los de unos simples grilletes, serían las cadenas que cercaban los terrenos de la residencia de «el rey moro en Bailén»³⁵.

En su descripción de la iglesia, nos da algunos detalles de su decoración, nada fuera de lo común, pero que nos permiten conocer un poco más sobre la situación del edificio en aquel monumento, pues nos dice, sin profundizar en ello, que el

da haciéndole caer al suelo. Espantados ante el suceso ninguno de los soldados quiso volver a entrar en la iglesia, por cuyo motivo quedó intacta y fue respetada salvo lo que ya había sido destruido. A. FORESTA, *L'Espagne...op.cit.*, p. 327.

³² *Ibid.*, p.329.

³³ L. BOILEAU, *Voyage d'un touriste en Espagne*, París, 1880. Este autor es bastamente menos optimista y agradable en los comentarios que hace sobre España que Foresta.

³⁴ Por este motivo empieza dando unos rasgos generales de los transportes, la mejor época para viajar a España. Se detiene en describir la calidad de los ferrocarriles, medio de transporte con el que es extremadamente crítico y nos dice de él que es lento, malo, que sólo merece ir en primera clase, puesto que las otras no son nada aconsejables, señala que el buffet es malo y mal surtido.

³⁵ L. BOILEAU, *op.cit.*, p.304.

«techo, de colores, de la capilla de la Inquisición es muy curioso»³⁶. Cómo era aquella decoración y de cuándo no lo sabemos ni creo que lo sepamos pero al menos es un testimonio que confirma la presencia de policromía tanto en los muros, de la que quedan algunos restos entre la inscripción de la imposta, como de las bóvedas.

Lo mismo ocurre con otro viajero, en este caso alemán que estuvo en España también en 1880. Nos referimos a Theodor Simons, cuya visión del país está cargada de los tópicos habituales pero se entremezclan con agudos e inteligentes comentarios sobre las gentes y lugares que visitó, siendo Toledo uno de ellos. Entre los muchos edificios que describe está San Juan de los Reyes sobre el que no aporta nada nuevo, salvo una breve referencia al retablo del altar mayor del que dice ser de gran valor artístico, señalando como lo más relevante del mismo una escultura de madera de *Elías dormido* que atribuye a Alonso Cano³⁷. Completan el texto una serie de grabados, uno de los cuales representa la fachada de San Juan de los Reyes desde el puente de San Martín (fig. 5) y en el que podemos apreciar una espadaña algo más complicada que la que hoy tiene la iglesia y, sobre todo, la edificación que en tiempos modernos se construyó a los pies del templo a modo de capilla auxiliar sin que sepamos muy bien qué fue de ella, y de la que aún quedan algunos restos todavía visibles.

Precisamente a partir de 1880 comienzan a surgir numerosas guías de viaje, que pretenden facilitar el camino a estos viajeros ofreciendo en ellas datos de interés, información general e incluso curiosidades y anécdotas. Establecen rutas que varían de lo pintoresco a lo monumental, describiendo siempre los edificios de mayor importancia entre los que se encontraba, por supuesto, San Juan de los Reyes. Sin embargo, al exceder los límites propuestos en esta comunicación, no nos detendremos en esta clase de textos³⁸. Volvamos, pues, a nuestra particular selección de libros de viaje.

En los últimos veinte años del siglo XIX se aprecia un leve descenso en el número de publicaciones de libros de viaje, pero lo más significativo es la reducción que se observa en la extensión de los comentarios sobre determinados monumentos. En el caso concreto de San Juan de los Reyes, podemos suponer que se debe a las dificultades que tuvieron los visitantes para acceder al claustro y Museo del antiguo convento por hallarse en obras³⁹. Y es que estos años coinciden por completo con los trabajos de restauración dirigidos por el arquitecto Arturo Mélida y Alinari (1849-1902)⁴⁰, quien, con las licencias propias de la arquitectura neogótica, culminó la obra de Juan Guas.

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ T. SIMONS, *L'Espagne*, París, 1881, p. 158.

³⁸ Hemos de tener en cuenta que muchos de sus autores, sacaban la mayor parte de la información de otros textos más elaborados, redactados por historiadores y eruditos como Assas, Parro o Amador de los Ríos.

³⁹ Esta situación fue bastante habitual, de hecho, la cercana Sinagoga del Tránsito, convertida en ermita, resultaba casi imposible entrar en ella y más aún cuando, tras decretarse su restauración, el interior estaba totalmente invadido por los andamios.

⁴⁰ Uno de los últimos trabajos publicados sobre este asunto puede verse en P. NAVASCUÉS PALACIO, «Mélida y San Juan de los Reyes de Toledo», VV.AA., *Isabel la Católica. Reina de Castilla*, Madrid, 2002, pp.331-356.



Fig. 5. Vista de la fachada de poniente de San Juan de los Reyes. Ilustración de la obra de Theodor Simons, *L'Espagne*.

Tan largo y laborioso proceso –que Mérida no llegó a ver terminado– queda claramente reflejado en algunos de los libros de viaje del momento. En este sentido debemos mencionar la obra del Vizconde de Palazuelos, *Toledo: guía artístico-práctica*, que si bien es cierto que no es exactamente un libro de viaje, sí aporta datos de gran valor para el especialista que pueden cotejarse con la documentación existente. En lo que se refiere a la restauración de San Juan de los Reyes, nos dice que dio comienzo oficialmente el dos de mayo de 1883 para conmemorar la fecha de la revuelta contra el ejército francés⁴¹ y añade, en una nota al pie, que el arquitecto «ha prohibido con muy buen acuerdo, la entrada a aquellos que, so color de presenciar los trabajos, iban en realidad a dificultarlos, sirviendo de enfadoso obstáculo a los operarios»⁴². Más adelante menciona alguna anécdota relacionada con la forma de

⁴¹ J. LÓPEZ DE AYALA ÁLVAREZ DE TOLEDO, *Toledo: guía artístico-práctica*. Por el Vizconde de Palazuelos, Toledo, 1890, p. 601.

⁴² *Ibid.*, p. 602.

trabajar y acceder a las obras de restauración del claustro. Esta información, aparentemente banal, nos ayuda a fechar con bastante precisión fotografías antiguas todavía no datadas y que más tarde conformarán el grueso de una documentación gráfica.

Los textos que hemos tratado hasta el momento pertenecen todos al siglo XIX, pero esta tradición viajera continúa en la siguiente centuria sin cambios aparentes. El viajero sigue buscando en España los paisajes pintorescos y las arquitecturas exóticas. Un claro ejemplo de ello es la obra de H. Guerlin, *Espagne. Impressions de voyage et d'art* en la que confiesa que sólo se puede describir Toledo con palabras cargadas de tristeza y melancolía. Todo en Toledo, sus edificios, sus calles, sus plazas e incluso sus habitantes recuerdan a Guerlin su pasado musulmán.

Sin embargo, del relato de Guerlin no nos interesa tanto su visión pintoresca de España como los durísimos comentarios antirrestauradores, verdaderamente despectivos, que hace al referirse tanto a San Juan de los Reyes como a otros monumentos, frases como «desgraciadamente estos preciosos recuerdos se encuentran ahora en manos de los restauradores lo que significa que están perdidos para los artistas»⁴³ o «no se puede alegar ninguna excusa para disculpar los vejatorios trabajos que le hicieron padecer a la iglesia de San Juan de los Reyes»⁴⁴ y eso que le fue imposible entrar como él mismo confiesa por negarse la conserje a facilitarles el paso.

Nos parece oportuno concluir aquí la exposición al coincidir la publicación de la obra de Guerlin con la fecha que ha dado pie a estas jornadas. No obstante, debemos añadir que la lista de viajeros que escribieron sobre España no acaba en 1907, continúa hasta bien entrada la década de los años veinte. En estos últimos relatos se observa un mayor conocimiento de nuestra arquitectura medieval que denota claramente el uso de obras específicas de carácter científico, cuyo número y calidad iba en aumento.

No quisiéramos terminar sin recordar al lector nuestro convencimiento, y esperamos haberlo persuadido, del potencial que tiene como fuente documental para el estudio de la arquitectura medieval la literatura de viajes de los siglos XIX y XX.

⁴³ H. GUERLIN, *Espagne. Impressions de voyage et d'art*, Tours, 1907, p. 84.

⁴⁴ *Ibíd.*